

El terror es una especie de sentimiento-líquido que se filtra a través de las paredes de la razón. Algo que, lento y viscosamente, suelta sus humores deletéreos dentro de nuestras cómodas vidas. Hay humedad en el miedo. H.P. Lovecraft, el sumo sacerdote de la literatura contemporánea de terror, odiaba el mar. Simpatizaba con el fascismo, amaba lo anglosajón incontaminado y detestaba todo lo que oliera a mezcla, a confusión de elementos. Sin embargo, era un extraordinario escritor; sus pesadillas, al final, se transformaron en su obra. Tomás Harris, el gran poeta de *Cipango*, retoma algo de esta corriente y nos presenta su versión del pavor.

Harris sitúa sus historias en Irlanda, en Providence (Nueva Inglaterra), ciudad natal de Lovecraft; en Coquimbo, en Africa, en oscuros puertos chilenos o europeos. Sin embargo, el tiempo de los hechos nunca está claramente definido. Por el contrario, se juega con una ambigüedad temporal que nos proyecta hacia una época indefinida de la cual se han extirpado justamente los elementos de la novela gótica inglesa: los castillos o las ruinas medievales. Los escenarios son, generalmente, casas derruidas en medio de baldíos, hoteles espectrales, barcos de míseros pasajeros, como el *S.S. Achab*. Sus personajes son seres desorbitados, dementes, transgresores de la noción de normalidad. En sus atmósferas atenaza lo enardecido de ciertas obsesiones vinculadas a entidades siniestras —innominadas— que habitan en el fondo abisal de alucinantes pesadillas y que no necesitan explicitarse

## Historia personal del miedo

Tomás Harris. Editorial Planeta, Santiago, 1994.



para imponer su presencia abominable. El autor es, naturalmente, un tributario del cuento anglosajón de miedo, y poco debe a Larra o a Bécquer. Si —fuera de Lovecraft—, a Dunsany, Bierce, Poe y Derleth.

El lenguaje que pare estos mundos es fuerte, escatológico, lleno de adjetivos que se placcn en la descripción de lo podrido o lo execrable. Es onírico, surrealista. Pero es débil en sintaxis. El narrador prefiere dejarse llevar por la vertiginosidad, por esa respiración entrecortada que supone el curso de la narración y que

nos conduce hacia la irrupción del horror. Recordemos que el autor es poeta. En este sentido, tal como la sintaxis, la construcción de los cuentos está subordinada a las atmósferas, a la necesidad de buscar y hallar una vía expresiva eficaz por la que la imaginación chorree sus engendros innominados.

En todo caso, la imaginación pesadillesca cierra las grietas y le otorga a estos cuentos un halo de rareza que los hace subsistir sin mayores cuestionamientos. El problema, creo yo, proviene de la concepción misma de las técnicas para generar terror. Después del romanticismo se cortaron las cadenas que arrastraban los muertos. El terror preternatural tomó su lugar. Civilizaciones prehumanas de dioses primordiales, extravagantes sectas con ritos imposibles. Pero lo preternatural requiere un soporte que avale su verosimilitud. No basta con lo *innominado*, si ello no se sostiene sobre lo plausible. El terror está aquí, entre nosotros. Por eso, en este libro, los mejores cuentos no son los "terroríficos", sino aquellos que expresan el espanto de nuestro tiempo.

**Historia personal del miedo [artículo] Carlos Jorquera Alvarez.**

Libros y documentos

**AUTORÍA**

Jorquera Alvarez, Carlos

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1994

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Historia personal del miedo [artículo] Carlos Jorquera Alvarez. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile